

El mundo, un espejo

“No malgastes tu tiempo viviendo
la vida de otra persona”.
Steve Jobs.

Fray Enrique Arenas Molina, OAR
Rector Uniagustiniana

Ambientación

No dejes de ver las pequeñas alegrías de la vida, por andar buscando las grandes. Si quieres cambiar el mundo, cámbiate a ti mismo. El tiempo pasa y nunca vuelve atrás. Vivimos en constante cambio, evolución, sumergidos en rutinas estresantes, viendo cómo el tiempo se nos escapa de las manos sin que seamos plenamente conscientes de ello. El mundo, un espejo que devuelve a cada ser humano lo que pertenece. Sin duda que un sueño no se hace realidad a través del encanto. Se necesita de la serenidad. Nuestras vidas no se determinan por lo que nos sucede, sino por la forma en la que reaccionamos ante lo sucedido. De vez en cuando hay que detenerse. Hacer altos en la vida. Voltear a ver para donde vamos y que hemos recorrido. Analizar y pensar.

Saber decir lo principal de forma asequible a todo el mundo en la vida es esencial. Nos situamos en el contexto de la subida de Jesús a Jerusalén, y la atención se dirige a las condiciones necesarias para entrar en el Reino. Aparecen dos personajes contrapuestos, y ambos oran: Un fariseo y un publicano. En su modo de orar se revela su modo de vivir y sus relaciones con Dios y los demás. Uno y otro, en la oración, dicen la verdad de su existencia.

Enfrentando la vida y haciendo altos en ella, sabemos que la vida es un laberinto, pues encontramos a diario fariseos, caemos fácil en su juego como en unas rejas de arado y quedamos entre la espada y la pared. Pues, si hay algo que es indiscutible es, que la vida es cíclica y que de manera constante estamos ante un gran vaivén ilimitado de cambios y junto a esos cambios experimentamos una montaña rusa de emociones, en la que aun cuando son nuestras no sabemos si nos protegen o desprotegen, precisamente porque ni siquiera las sabemos identificar, mucho menos sabemos qué representan en nuestra vida.

Sin hacer un juicio de valor los dos hombres que fueron a orar al templo eran buenas personas. El fariseo podía hacer una lista correcta de sus cualidades. Pero, desafortunadamente, él se sentía mejor que los otros. Ninguno de nosotros puede decir ante el Señor que es superior a otra persona. El recaudador de impuestos se quedó al fondo del templo. Ante Dios, él estaba consciente de que era un pecador, pero pedía misericordia. Se sentía humilde e indigno ante la grandeza del Todopoderoso. El Papa Francisco resuena perennemente que Dios nunca se cansa de perdonarnos, pero nosotros nos cansamos de pedirle perdón. Dios no tiene preferencias de personas, aunque se preocupe especialmente de los indefensos, y el culto que le agrada debe estar en sintonía con la voluntad sincera de conversión. El perdón es una acción de la misericordia de Dios. La vida aún con sus vaivenes ofrece un rumbo maravilloso, que durante un recorrido nos enseña a descubrir nuestro poder para rebotar en esos altos y bajos e intensifica cada momento de la experiencia de vivir para disfrutar el camino.

El fariseo saca a refacción sus méritos: Se tiene por acreedor de Dios. En el fondo, no necesita de Dios, aunque le dé gracias, al menos formalmente, porque le ha concedido ser tan perfecto. Pero hay más. Su justicia le hace juez, y juez despiadado: Tan ciega es la estima que encuentra en sí mismo que cuando mira a los demás sólo es para despreciarlos. El publicano, por el contrario, consciente de sus pecados -que le hacen tener la cabeza inclinada-, en realidad está abierto al

cielo y espera de Dios todo: Golpeándose el pecho, llama a la puerta del Reino, y se le abre.

Los santos lo han experimentado. De hecho, ¿qué es el hombre sin Dios? Un soberbio destinado a la oscura soledad, rodeado de presuntos rivales o de seres juzgados indignos; en resumidas cuentas, un desesperado pillado en el cepo de su egoísmo, de su pecado. ¿Qué es el hombre con Dios? Sigue siendo un orgulloso, un pecador. Pero sabe que precisamente la experiencia del pecado puede convertirse en un lugar en el que Dios, misericordioso revela su rostro.

Conocer a Dios y conocerse a sí mismo o, mejor, conocerse a sí mismo en Dios: ese es el comienzo de la sabiduría y de la verdadera vida.

Hay que dejar caer las caretas que ocultamos en nuestra vida. La pobreza de nuestro ser, la mezquindad de nuestro corazón y la dureza de nuestros juicios. Uno sólo puede curarse si se reconoce enfermo, necesitado de salvación. Dios espera este momento, incluso hasta lo provoca sabiamente con su pedagogía inconfundible. Todos somos siempre un poco fariseos, pero a todos nos brinda Dios poder hacer la experiencia del publicano de la parábola, lograr una auténtica humildad, la que reconoce que Dios es mayor que nuestro corazón y que siempre perdona.

Progresar es comprender que el mundo, un espejo aun con sus vaivenes representa la realización de grandes hazañas humanas, es un portal de posibilidades infinitas de transformación, donde cada vez que logramos algo, alcanzamos una meta y nos sentimos en la cima y desde allí se vislumbra la posibilidad y el panorama de todas las posibilidades, abriendo el corazón a todas las cosas maravillosas que la vida nos ofrece de enfrentarla y hacer altos en ella.

Comencemos a describir algunos aspectos concretos para tratar en este artículo que sé, que nos llama la atención por la realidad y novedad que vivimos en un constante transitar de experiencias

acompañadas de emociones y sentimientos, y así siempre desde que nacemos.

1. Dos actitudes de vida
 - a. Enfrentar la vida
 - b. El juego de la vida
2. Prestigio de tu vida
3. ¿Quién soy yo para juzgar?
4. Fariseos de hoy
5. Hacer altos en la vida
 - a. El vaivén de la vida
 - b. La vida es un laberinto
6. Culpar a los tiempos

Se agradece a Dios los propios méritos. El mundo, un espejo. Es injusto que no nos acordémonos de las palabras del libro del Eclesiástico: “Los gritos del pobre atraviesan las nubes y sus penas consiguen su favor”. Sólo si oramos con el corazón contrito y humillado, obtendremos la misericordia del Señor porque la humildad conquista el corazón de Dios.

1. Dos actitudes de vida

Cada vez que Jesús expone una parábola es para interpretar a alguien; en este caso el Maestro enseña esta parábola para interpelar a algunos que se tienen a sí mismos por justos, y por ese motivo desprecian a los demás. También es una buena ocasión para examinar nuestra actitud cuando oramos. Porque puede suceder que, sin saberlo y sin quererlo, estemos orando al estilo del fariseo.

El pasaje del Evangelio es una de esas piezas maestras que Lucas nos ofrece en su obra. Es bien conocida por toda esta narración ejemplar, no es propiamente una parábola del fariseo y el publicano que su-

Recrear el mundo requiere leerlo y las palabras son esenciales, sólo ganan intereses entre las manos de la competencia.

bieron al templo a orar. Los dos polos de la narración son muy opuestos: Dos actitudes bastante diferentes.

Orar es conectarse con Dios. “No malgastes tu tiempo viviendo la vida de otra persona”. Con Dios sólo se conecta, si se es simplemente humilde. Si en mi humildad bendigo a Dios, le agradezco su perdón y misericordia, le suplico por las necesidades espirituales y materiales propias y de los hombres, entonces Dios prestará oídos a mi plegaria. Nuestra oración será del agrado de Dios, si buscamos su gloria y sólo su gloria. Los dos personajes de la parábola son conocidos para la audiencia. El fariseo ora de pie, probablemente orgulloso de su santidad y perfección, el primer contenido de su oración es él mismo -no soy como los demás- el segundo contenido es el desprecio por los pecadores -ese publicano- y el tercer contenido es cómo sacarle en cara a Dios las cosas buenas que hace.

El publicano es un pecador público, despreciado por los judíos honestos, en cambio se mantenía a distancia sin siquiera levantar los ojos, probablemente porque se siente indigno de estar en la presencia de Dios y el único contenido de su oración es la confianza en la misericordia de Dios -se golpeaba el pecho y decía: ‘Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador’-. Por eso el Señor dice que el pecador humilde ante Dios fue justificado, o sea declarado justo. ¿Cuál es el contenido de mi oración? ¿He caído en la soberbia de creerme justo y juzgar y condenar a los demás? ¿Soy capaz de reconocer con humildad mis pecados?

“Refiriéndose a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás, Jesús dijo esta parábola: Dos hombres subieron al Templo para orar; uno era fariseo y el otro, publicano. El fariseo, de pie, oraba así: Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos y adúlteros; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago la décima parte de todas mis entradas. En cambio, el publicano, manteniéndolo-

se a distancia, no se animaba siquiera a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: ¡Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador! Les aseguro que este último volvió a su casa justificado, pero no el primero. Porque todo el que se eleva será humillado, y el que se humilla será elevado” (Lc 18,9-14).

¡Qué diferencia de actitudes! Si nosotros tuviéramos que juzgar en el lugar de Dios, seguro que escogeríamos a este segundo hombre. Su humildad tan sincera nos conmueve y nos conquista el corazón. Enseguida sentimos simpatía por este último personaje. Los publicanos no gozaban precisamente de buena fama en Israel. Eran considerados pecadores públicos, enemigos del pueblo escogido, amigos del dinero y de la buena mesa. Y, a pesar de todo, creo que con mucho gusto perdonaríamos al publicano sus muchos errores y pecados. Nos sentimos movidos a piedad ante un comportamiento tan sincero y tan hermoso.

La actitud del fariseo nos produce rechazo y una cierta repugnancia interior. Nos molesta su petulancia y orgullo; y, con tristeza, condenamos en el fondo su actitud. Con estas comparaciones nuestro Señor nos exhorta vivamente a adoptar siempre una postura de humildad profunda en nuestras relaciones con Dios y con los demás.

En el relato de la parábola excepcionalmente sencillo y breve consigue transmitir toda una lección de psicología, de teología y de espiritualidad; es decir, de imagen de nosotros mismos y de los demás, de visión de Dios y de relación con Él.

Lucas presenta la oportunidad para revisar nuestra vida como discípulos de Jesús y contiene un gesto tan humano, que nos lleva a ocupar un lugar en la escena. Todo depende de nuestra actitud. Si nos colocamos atropellando a todos con nuestras seguridades humanas, espirituales, sociales o si nos quedamos al fondo, en nuestra humilde condición de pecadores. El publicano fue capaz de prestarnos su voz para siempre: ¡Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador! Esa

actitud hay que aceptarla, pedirla y rezarla. Será nuestra transformación. Y Jesús, Buen Pastor, nos salvará. Ojalá que podamos volver a casa con esa tranquilidad, con esa alegría, con esa satisfacción de no perder nunca la sencillez, la pequeñez y la humildad.

Jesús mismo quiso personificar su misión con la figura del Buen Pastor: Que conquista con la mansedumbre y la entrega de sí mismo. Como Buen Pastor, Jesús tiene siempre una preocupación misionera: “Es necesario que proclame la buena noticia del Reino de Dios también a las otras ciudades, pues para esto he sido enviado” (Lc 4,43-44). “Y tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que traer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo Pastor” (Jn 10,16). Amando a todas sus ovejas, el Buen Pastor prueba una predilección, incluso desconcertante, hacia la que se ha perdido, manifiesta su amorosa premura en buscarla hasta que la encuentra, y su cariño “cargándola, lleno de gozo, sobre sus hombros” (Lc 15,5).

a. Enfrentar la vida

Aluden que el texto del relato de Lucas de pronto no es parábola, del fariseo y el publicano que subieron al templo a orar es un ejemplo típico de estas narraciones ejemplares en las que se usan dos personajes: El modelo y el antimoderno. Uno es un ejemplo de rigor judío y el otro un ejemplo de perversión para las tradiciones religiosas de su pueblo. Las actitudes de esta narración intencionada saltan a la vista: El fariseo está de pie orando; el publicano, alejado, humillado hasta el punto de no atreverse a levantar sus ojos. El fariseo invoca a Dios y da gracias de cómo es; el publicano invoca a Dios y pide misericordia y piedad.

Llama la atención, una vez más, la capacidad de Jesús para la comunicación. Su parábola es conocida. Los dos personajes emprenden su plegaria con la misma invocación: Oh Dios. Sin embargo, el contenido de su oración y, sobre todo, su manera de vivir ante ese Dios es muy diferente. Desde la apertura, Lucas nos ofrece su clave de lectura.

Según él, Jesús pronunció esta parábola pensando en esas personas que, convencidas de ser justas, dan por descontado que su vidaagrada a Dios y se pasan los días condenando a los demás.

El fariseo ora riguroso. Se siente seguro ante Dios. Cumple todo lo que pide la ley mosaica y más. Todo lo hace bien. Le habla a Dios de sus ayunos y del pago de los diezmos, pero no le dice nada de sus obras de caridad y de su compasión hacia los últimos. Le basta su vida religiosa.

Al enfrentar la vida el fariseo vive envuelto en la ilusión de inocencia total: Yo no soy como los demás.

Se reconoce uno a sí mismo pecador. ¿Quién puede, por muy fariseo que sea, reconocerse justo ante Dios? Esta es la actitud del publicano, y debería ser la del fariseo, y tiene que ser la de todos. Hay un detalle en el texto griego, que pasa desapercibido en las traducciones, y que me ha conmovido: “Ten piedad de mí, el pecador”. Por un lado, acepta la equiparación que los judíos del tiempo de Jesús hacían entre publicano y pecador. Y, por otro lado, parece reconocer que él, como publicano, es el pecador para excelencia. Con ese grado de humildad y de arrepentimiento, se asegura que Dios oiga su oración.

Al decirnos la actitud de Dios ante el piadoso, subraya la de juez. No se excluye que Dios sea Padre, pero es un Padre que hace justicia. Hace justicia a quien ora con la actitud adecuada, como el publicano, y lo justifica; y hace justicia a quien ora con actitud impropia, como el fariseo, que sale del templo sin el perdón de Dios, porque, por lo visto, no lo necesitaba.

Dios es un juez que no tiene acepción de personas, y por eso escucha con especial atención al orante que le suplica en su opresión.

b. El juego de la vida

La vida es como un laberinto con muchos caminos por tomar. En el diario caminar podemos estrellarnos contra las paredes cuando las

circunstancias son difíciles, pero hay que tomar una actitud positiva y de desapego, nada ganamos angustiándonos, preocupándonos y torturándonos con los problemas, o siendo hipócritas. Hay que enfrentas a la vida, hacer toda la diferencia.

Con el estudio realizado de esta parábola se dice que fue una de las más sorprendentes de Jesús. Un piadoso fariseo y un cobrador de impuestos deshonesto suben al templo a orar. ¿Cómo reaccionará Dios ante dos personas de vida moral y religiosa tan diferente y opuesta?

El fariseo ora de pie, seguro y sin temor alguno. Su conciencia no le acusa de nada. No es hipócrita. Lo que dice es verdad. Cumple fielmente la ley e incluso la sobrepasa. No se atribuye a sí mismo mérito alguno, sino que todo lo agradece a Dios: 'Oh Dios, te doy gracias'. Si este hombre no es santo, ¿quién va a ser? Seguro que puede contar con la bendición de Dios. El recaudador se retira a un rincón. No se siente cómodo en aquel lugar santo. No es su sitio. Ni siquiera se atreve a levantar sus ojos del suelo. Se golpea el pecho y reconoce su pecado. No promete nada. No puede dejar su trabajo ni devolver lo que ha robado. No puede cambiar de vida. Sólo le queda abandonarse a la misericordia de Dios.

El juego de la vida es como el juego del boomerang, como un arma. Nuestros pensamientos, palabras y favores regresan a nosotros tarde que temprano, con una exactitud impresionante. En el juego de la vida la ceguera religiosa es a veces tan dura, que lo bueno es siempre malo para algunos y lo malo es siempre bueno para otros. Lo bueno es lo que ellos hacen; lo malo lo que hacen los otros. ¿Por qué? Porque la religión del fariseo se fundamenta en una seguridad viciada y solamente se está viendo a sí mismo. Por el contrario, el publicano tendrá un verdadero diálogo con Dios, un diálogo personal donde descubre su necesidad perentoria y donde Dios se deja descubrir desde lo mejor que ofrece al hombre.

El fariseo, claramente, le está pasando cuenta a Dios. El publicano, por el contrario, pide simplemente a Dios su factura para pagarla. El

fariseo no quiere pagar factura porque considera que ya lo ha hecho con los diezmos y primicias y ayunos, precisamente lo que Dios no tiene en cuenta o no necesita. Eso se han inventado como sucedáneo de la verdadera religiosidad del corazón.

2. Prestigio de tu vida

Tomando una postura justa de la vida entre el fariseo y el publicano, numerosos son los elementos que podemos destacar y que ayudan a reflexionar en la vida, preguntémosnos: ¿Por qué algunas personas son reconocidas en su especialidad y otras, quizás igualmente bien preparados, son casi ignorados? Más allá de las elecciones personales acerca de cómo desarrollar tu carrera, la respuesta está en el prestigio profesional.

El término prestigio, del latín *praestigium*, da cuenta del renombre, la reputación, el realce o el buen crédito de alguien o algo. Hoy tener prestigio o ser prestigioso es algo que toda persona o entidad pretende, ya que presupone una buena consideración del resto de la sociedad. Es importante distinguir la diferencia entre fama y prestigio: La fama es pasajera, y se puede alcanzar rápidamente de muy diversas formas; incluso algunas rodeadas del escándalo o prácticas cuestionables. Sin embargo, el prestigio se construye en el tiempo y se basa en atributos de buena reputación, honestidad, claridad, capacidad, virtudes y ser consecuente entre lo que se piensa, se dice y se actúa.

El prestigio es duradero y puede acompañarte durante toda la vida; la fama, pasajera y muchas veces irrelevante, ya que, así como llega se va si no la consolidas con un prestigio y apoyada en un cierto talento específico.

A continuación, simplemente describamos los elementos que se encuentran en la narración del fariseo y del publicano que son muy coherentes con nuestra vida cotidiana.

Lucas remite la parábola del fariseo y el publicano a algunos que presumen de ser justos ante Dios y desprecian a los demás. Los dos protagonistas que suben al templo a orar representan dos actitudes religiosas contrapuestas e irreconciliables. Pero ¿cuál es la postura justa y acertada ante Dios? Esta es la pregunta de fondo.

El fariseo es un observante escrupuloso de la ley y un practicante fiel de su religión. Se siente seguro en el templo. Ora de pie y con la cabeza rígida. Su oración es la más hermosa: Una plegaria de alabanza y acción de gracias a Dios. Pero no le da gracias por su grandeza, su bondad o misericordia, sino por lo bueno y grande que es él mismo. Luego nos damos cuenta de lo aparente que es la oración. Más que orar, este hombre se contempla a sí mismo. Se cuenta su propia historia llena de méritos. Necesita sentirse en regla ante Dios y exhibirse como superior a los demás.

Está equivocado de parecer y no sabe lo que es orar. No reconoce la grandeza misteriosa de Dios ni confiesa su propia pequeñez. Buscar a Dios para enumerar ante Él nuestras buenas obras y despreciar a los demás es de imbéciles. Tras su aparente piedad se esconde una oración atea. Este hombre no necesita a Dios. No le pide nada. Se basta a sí mismo.

En otra actitud diferente está el publicano, su oración es otra. Reconoce que su figura en el templo es mal vista por todos. Su oficio de recaudador es odiado y despreciado. No se excusa. Sabe que es pecador. Sus golpes de pecho y las pocas palabras que susurra lo dicen todo: '¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador'. A su vez sabe que no puede vanagloriarse. No tiene nada que ofrecer a Dios, pero sí mucho que recibir de Él: Su perdón y su misericordia. En su oración hay autenticidad. Este hombre es pecador, pero está en el camino de la verdad.

El fariseo no se ha encontrado con Dios. Este recaudador, por el contrario, encuentra en seguida la postura correcta ante Él: La actitud del que no tiene nada y lo necesita todo. No se detiene siquiera a

confesar con detalle sus culpas. Se reconoce pecador. De esa conciencia brota su oración: ‘Ten compasión de este pecador’.

Es característico de la escena que los dos suben al templo a orar, pero cada uno lleva en su corazón su imagen de Dios y su modo de relacionarse con Él. El fariseo sigue enredado en una religión legalista: Para él lo importante es estar en regla con Dios y ser más observante que nadie. El recaudador, no obstante, se abre al Dios del Amor que predica Jesús: Ha aprendido a vivir del perdón, sin vanagloriarse de nada y sin condenar a nadie.

3. ¿Quién soy yo para juzgar?

No pretendas que las cosas ocurran como tú quieres. Desea, más bien, que se produzcan tal como se producen, y serás feliz. El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra. Pronto se arrepiente el que juzga rápidamente. “No juzguéis a los demás si no queréis ser juzgados. Porque con el mismo juicio que juzgareis habéis de ser juzgados, y con la misma medida que midiereis, seréis medidos ustedes” (Mt 7,1-5). Pues, al final de todo por sus frutos los conoceréis.

Acusar a los demás de las adversidades propias es un signo de falta de educación. Acusarse a uno mismo, demuestra que la educación ha comenzado. El espejo del fariseo y el publicano suele despertar en no pocos cristianos un rechazo grande hacia el fariseo que se presenta ante Dios arrogante y seguro de sí mismo, y una simpatía espontánea hacia el publicano que reconoce humildemente su pecado. Paradójicamente, el relato puede despertar en nosotros este sentimiento: ‘Te doy gracias, Dios mío, porque no soy como este fariseo’.

La felicidad no consiste en adquirir y gozar, sino en no desear nada, pues consiste en ser libre. Por eso para escuchar discretamente el mensaje de la parábola, hemos de tener en cuenta que Jesús no la cuenta para

¿Quién soy yo para juzgar? La envidia es el adversario de los más afortunados.

reprochar a los sectores fariseos, sino para sacudir la conciencia de algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás. Entre estos nos encontramos, ciertamente, no pocos católicos de nuestros días.

Todos los asuntos tienen dos asas: Por una son manejables, por la otra no. Por ejemplo, la oración del fariseo nos revela su actitud interior: “¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás”. ¿Qué clase de oración es esta de creerse mejor que los demás? Hasta un fariseo, fiel cumplidor de la Ley, puede vivir en una actitud pervertida. Este hombre se siente justo ante Dios y, precisamente por eso, se convierte en juez que desprecia y condena a los que no son como él.

“

Cada uno cosecha lo que siembra y, aunque muchos sean libres de sus actos, no lo son de las consecuencias porque, tarde o temprano, ese juez llamado tiempo dará la razón al que la tiene”.

El publicano, por el contrario, solo acierta a decir: “¡Oh Dios! Ten compasión de este pecador”. Este hombre reconoce humildemente su pecado. No se puede gloriarse de su vida. Se encomienda a la compasión de Dios. No se compara con nadie. No juzga a los demás. Vive en verdad ante sí mismo y ante Dios.

Todos los días Dios nos da un momento en que es posible cambiar todo lo que nos hace infelices. El instante mágico es el momento en que un sí o un no pueden cambiar toda nuestra existencia. El relato de la parábola es una penetrante crítica que desenmascara una actitud religiosa engañosa, que nos permite vivir ante Dios seguros de nuestra inocencia, mientras condenamos desde nuestra supuesta superioridad moral a todo el que no piensa o actúa como nosotros. Como, expresa, Cicerón: “La verdad se corrompe tanto con la mentira como con el silencio.

El mundo entero se aparta cuando ve pasar a un hombre que sabe adónde va. Cuando alguien desea algo debe saber que corre riesgos y por eso la vida vale la pena. Sin duda que circunstancias históricas y corrientes triunfalistas alejadas del Evangelio nos han hecho a los católicos especialmente propensos a esa tentación. Por eso, hemos de leer la parábola cada uno en actitud autocrítica: ¿Por qué nos creemos mejores que los agnósticos? ¿Por qué nos sentimos más cerca de Dios que los no practicantes? ¿Qué hay en el fondo de ciertas oraciones por la conversión de los pecadores? ¿Qué es reparar los pecados de los demás sin vivir convirtiéndonos a Dios?

¡Qué poco cuesta construir castillos en el aire y qué cara es su destrucción! El deseo y la felicidad no pueden vivir juntos. Ante las preguntas constantes del mundo ¿Quién soy yo para juzgar al otro? Es como el maestro que intenta enseñar sin inspirar en el alumno el deseo de aprender, está tratando de forjar un hierro frío. Si no tienes la libertad interior, ¿qué otra libertad esperas poder tener? El hombre nace libre, responsable y sin excusas. Los hombres construimos demasiados muros y no suficientes puentes. Estas palabras nos sorprenden. Simplemente. Es una respuesta sencilla y muy humana. Sin embargo, esa es la actitud de quien vive en verdad ante Dios. Quien cambia felicidad por dinero no podrá cambiar dinero por felicidad.

4. Fariseos de hoy

En el mundo antiguo aprendimos de Aristóteles que lo que con mucho trabajo se adquiere, más se ama. La libertad es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierran la tierra y el mar: Por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida. Nadie quiere ser llamado fariseo, y con razón. Pero esto no prueba desgraciadamente, que los fariseos hayan desaparecido. Al contrario, si la parábola del fariseo y el publicano fue dirigida a 'quienes, teniéndose

por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás, quizás el público ha crecido.

La libertad no tiene su valor en sí misma: Hay que apreciarla por las cosas que con ella se consiguen. El fariseo de ayer y de hoy es substancialmente el mismo. Un hombre satisfecho de sí mismo y seguro de su valer.

Un hombre que se cree siempre con la razón posee en exclusiva la verdad, y se sirve de ella para juzgar y condenar a los demás.

Siendo la libertad un lujo que no todos pueden permitirse. El fariseo juzga, condena, clasifica. Él siempre está entre los que poseen la verdad y tienen las manos limpias. El fariseo no cambia, no se arrepiente de nada, no se corrige. No se siente cómplice de ninguna injusticia. Por eso, exige siempre a los demás cambiar, renovarse y ser más justos. El hombre que nada teme es tan fuerte como el que es temido por todo el mundo.

Cuando alguien dice estar de acuerdo, en principio, en hacer algo, quiere decir que no tiene la menor intención de hacerlo. Quizás sea este uno de los males más graves de nuestra sociedad. Queremos cambiar las cosas. Lograr una sociedad más humana y más habitable. Transformar la historia de los hombres y hacerla mejor. Pero, ilusos de nosotros, pensamos cambiar la sociedad sin cambiar ninguno de nosotros. No podemos hacer la historia, sino sólo esperar a que se desarrolle.

Antes de poner en duda el buen juicio de tu hermano, fíjate con quien se ha comprometido. Queremos lograr el nacimiento de un hombre más libre y responsable, y pensamos que la esclavitud y las cadenas nos las imponen siempre desde fuera, Y, en nuestra ingenuidad farisea, pensamos poder lograr una convivencia social más libre y responsable, sin liberarnos cada uno del egoísmo y los mezquinos intereses que nos esclavizan desde dentro.

Sólo es recordar que el hombre nace libre, responsable y sin excusas. Queremos una sociedad más justa y estamos dispuestos a luchar por ella, olvidando quizás que el primer combate lo tenemos que entablar con nosotros mismos, pues cada uno de nosotros somos un pequeño opresor que, en la medida de nuestras pequeñas posibilidades, crea injusticia.

Ligero se arrepiente el que juzga apresuradamente. Pretendemos paz y va creciendo nuestra insensibilidad y nuestra irresponsabilidad personal ante la violencia. Pensamos estar libres de toda culpa, porque en nuestro interior condenamos todavía estos hechos. Creemos resolverlo todo clasificando los muertos y condenando exclusivamente las muertes de un determinado color.

No se puede juzgar la vida de un hombre hasta que la muerte le ha puesto término. Y no nos atrevemos a gritar un NO absoluto y radical. Un NO rotundo, que no es condena farisea de otros que matan. Sino condena a todos nosotros, incapaces de resolver nuestros problemas sin violencia. Siempre se repite la misma historia: Cada individuo no piensa más que en sí mismo.

5. Hacer altos en la vida

La tranquilidad no consiste en lograr y deleitarse, sino en no anhelar nada, pues consiste en ser libre. Jesús nos pone en alerta de que, en la manera como nos relacionamos con nuestros otros, de manera muy semejante es nuestra relación con Dios. Con una ojeada veloz de esta palabra podemos pensar que a Dios le gustase nuestra humillación, que quien presume delante de Él no es agradable y no obtiene respuesta. Pero el origen de la no justificación del fariseo no está en un capricho de Dios, sino en la propia incapacidad del que se toma por justo de reconocerse verdaderamente en la presencia de Dios.

El error del anciano es que pretende enjuiciar el hoy con el criterio del ayer. Esquiva su drama personal y se conforma con verse a sí mis-

mo en comparación con los otros, en vez de verse a sí mismo delante de Dios. Al fin de cuentas, la oración del fariseo fue vacía, pues no supo mirar hacia Dios y se recreó sólo con una imagen meramente terrena, limitada al cumplimiento de algunas leyes.

En la vida no hay premios ni castigos, sino consecuencias.

“Siembra un acto y cosecharás un hábito. Siembra un hábito y cosecharás un carácter. Siembra un carácter y cosecharás un destino”, expresa, Charles Reade. En cambio, el recaudador de impuestos sin alzar los ojos al cielo, logró elevar hacia Él su oración, al derramar su corazón en la humildad del reconocimiento de su propia miseria. La complacencia de Dios -que ciertamente muestra predilección por los pobres y humildes- acude a la sinceridad de quien se confía en sus manos, en vez de quien se ensoberbece de sus poquedades.

Si buscas resultados distintos, no hagas siempre lo mismo. Cuando crezcas, descubrirás que ya amparaste mentiras, te engañaste a ti mismo o sufriste por tonterías. Si eres un buen guerrero, no te culparás por ello, pero tampoco dejarás que tus errores se repitan. Ante Dios no podemos -si verdaderamente nos ponemos en su presencia- esconder lo que somos, no podemos esconderlo ni siquiera de nosotros mismos; y entre más nos ponemos en presencia de Dios más se revela nuestro propio misterio, y entre más reconocemos con humildad nuestro misterio de pecado y contradicción, más brilla ante nuestro corazón la misericordia de Dios.

El Papa Benedicto XVI explica esto con la experiencia de Agustín de Hipona, el pecador convertido: La lejanía de Dios equivale, por tanto, a la lejanía de sí mismos. Estabas más dentro de mí que lo más íntimo de mí, y más alto que lo supremo de mi ser, hasta el punto de que, como añade en otro pasaje recordando el tiempo precedente a su conversión,

“

tú estabas, ciertamente, delante de mí, más yo me había alejado también de mí, y no acertaba a hallarme, ¡cuánto menos a ti!” (conf. 5,2,2).

a. El vaivén de la vida

¡Ten compasión de mí, que soy pecador! La incapacidad de reconocerse pecadores nos aleja de la verdadera confesión del Maestro fiel. Es fácil decir que Jesús es el Señor, difícil en cambio reconocerse pecadores. Es la diferencia entre la humildad del publicano que se reconoce pecador y la soberbia del fariseo que habla bien de sí mismo:

- Esta capacidad de decir que somos pecadores nos abre al estupor que nos lleva a encontrar verdaderamente a Jesucristo. También en nuestras comunidades, en la sociedad, entre las personas consagradas: ¿Cuántas son las personas capaces de decir que Jesús es el Señor?, numerosas. Pero es difícil decir: Soy un pecador. Es más fácil decirlo de los otros, cuando se dicen los chismes y se juzga. Todos somos doctores en esto, ¿verdad?
- Para llegar a un verdadero encuentro con Jesús es necesaria una doble confesión: Tú eres el hijo de Dios y yo soy un pecador, pero no en teoría, sino por esto, por esto y por esto.
- Pedro después se olvida del estupor del encuentro y lo reniega. Pero porque es humilde se deja encontrar por el Señor, y cuando sus miradas se encuentran él llora, vuelve a la confesión: ‘Soy pecador’.
- Que el Señor nos dé la gracia de encontrarlo y también de dejarnos que Él nos encuentre. Nos dé la gracia hermosa de este estupor del encuentro.

La invitación constante del Señor es la conversión. Sin duda, todos tenemos necesidad de transformación interior, de volver nuestro rostro a Dios. Durante nuestra vida, nosotros también nos compor-

tamos algunas veces como el publicano o como el fariseo. En ambas situaciones, tenemos necesidad de poner los ojos en Dios y reconocer lo que de verdad somos; Él sí nos conoce y sabe de qué barro estamos hechos.

b. La vida es un laberinto

Hay que fijarnos en Él, en dejar de lado todo lo que nos distancia de su presencia. Con un corazón humilde acudamos a su presencia y renovémosle nuestro amor, pidamos perdón por nuestras faltas y ofrezcámonos a ser cirineos en el camino al Calvario, para alivianar la carga de Jesús.

La humildad, la sencillez, la docilidad al Espíritu Santo son esenciales para abrir el corazón de Cristo. A los hombres nos gusta que nos aprecien, que nos estimen, que nos tomen en cuenta, que nos amen.

Buscamos llamar la atención de quien nos rodea, de quien queremos que nos ame. ¿No queremos de igual forma llamar la atención de Cristo? ¿No queremos que Cristo nos vea y nos manifieste su amor? Pues estas virtudes serán el motivo para que Dios pose su mirada en nosotros. Siempre lo hace, pero si nos esforzamos en vivir estas virtudes lo hará de manera especial.

De esta manera, la soberbia, el orgullo, la vanidad nacen del egoísmo y lo que parecería oración no es otra cosa más que alabanza a nosotros mismos. Como el fariseo que agradecía a Dios no ser como los demás hombres porque no cometía sus mismos errores y pecados que ellos. Los dos hombres estaban en oración, pero qué oraciones tan distintas. Una hecha con presunción personal y la otra con humildad, con el corazón triste por haber fallado a Dios.

¿Quiere decir entonces que para hacer buena oración forzosamente debemos golpear nos el pecho y debemos hacer exámenes personales de autocritica, rayando casi con un pesimismo?

Seguramente Cristo no quiere esto. Él más bien nos pide que como niños nos acerquemos a su corazón reconociendo las cualidades que nos ha dado, pero tan bien con la humildad necesaria para reconocer nuestras faltas.

Recordemos lo que dice el Catecismo respecto a la oración: “La piedad de la oración no está en la cantidad de las palabras sino en el fervor de nuestra alma”.

6. Culpar a los tiempos

Si nosotros somos tan dados a juzgar a los demás, es debido a que temblamos por nosotros mismos, y siempre estamos culpando a los tiempos, a los otros y no es otra cosa que excusarnos a nosotros mismos. Por eso hay que orar con perseverancia y sin desfallecer.

La oración debe estar permeada de una profunda humildad y sencillez de corazón. Y, para ello, nos enseña Jesús la parábola del fariseo y el publicano. A la par, en esta ocasión, como en otras anteriores, Lucas no se molesta de explicar el porqué de esta historia: Quiere hacer escarmentar a ‘algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás’.

A veces podemos pasarnos años sin vivir en absoluto, y de pronto toda nuestra vida se concentra en un solo momento. Pues, ésta es la actitud típica del hombre altanero y orgulloso, autosuficiente y pagado de sí mismo, que se considera superior a los demás y con derechos adquiridos. En los tiempos de Jesús éste era, por desgracia, el comportamiento de muchos de los fariseos.

La vida no nos exige que tengamos que ser siempre los mejores, sólo que seamos lo mejor que somos capaces de ser. ¿Con cuál de esas dos personas me identifico? Es una pregunta común después de leer el pasaje. La respuesta no es sencilla. Podemos ser tanto santos como pecadores al mismo tiempo. Hay que hacer un poco oración y no culpar a los tiempos.

Una invitación firme es vivir sin aparentar, amar sin depender y hablar sin ofender. “No es lo mismo vivir que vivir felizmente” (conf. 13,4,5). “Lo que amas eres” (ep. Io. 2,14). La felicidad no es algo ya hecho. Viene de tus propias acciones. Cuando la vida te presente razones para llorar, demuéstrale que tienes mil y una razones para reír.

Nos damos cuenta que el relato es para todos ¿Con quién me identifico en esta historia? La observancia de la ley para un judío es un acto de agradecimiento por el amor y cuidado de Dios. Qué difícil es aceptar que Dios nos ama sin peros, condiciones o calificaciones. Sólo si oramos con el corazón humillado, obtendremos la misericordia del Señor porque la humildad conquista el corazón de Dios. Pero esta vez nuestro Señor nos enseña otra actitud que debemos tener cuando oramos.

Al fijarnos en el mundo, es un espejo y tomando sólo uno de los personajes centrales de la narración: El fariseo subió al templo a orar y, ‘erguido, oraba para sí en su interior’. Es un retrato al orgullo. Ni siquiera se digna ponerse de rodillas para orar. No. Se queda en pie, erguido, presumido en su soberbia, mirando por encima de los hombros a los demás con una autocomplacencia que desespera. Es un ejemplo desagradable y chocante no sólo por el hecho de alabarse a sí mismo con tanta desfachatez, sino, sobre todo, por compararse con sus semejantes y despreciarlos en el fondo de su corazón. Al igual que otros fariseos, se sentía santo y perfecto porque observaba escrupulosamente las prescripciones externas de la Ley. Sin embargo, aparece como un ser egoísta, soberbio e injusto con sus semejantes.

La vida es muy peligrosa. No por las personas que hacen el mal, sino por las que se sientan a ver lo que pasa. El espejo real está en este hombre que no habla con Dios, sino que se habla a sí mismo, se alaba y se auto justifica de un modo ridículo y pedante, presentando ante Dios sus condecoraciones, sus muchos méritos y títulos de gloria: ¡Oh Dios! -le dice- te doy gracias porque no soy como los demás hombres: “Ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano.

Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo” (v.12). Ésta era su oración: Una autoexaltación y un total desprecio de los demás. Y lo más triste del caso es que este pobre hombre creía que así agradaba al Señor.

La vida no se ha hecho para vislumbrarla, sino para vivirla. Otro estilo diferente de vida es la del publicano: Se quedó atrás -en la última banca del templo- y ni siquiera se atrevía a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: ¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador. ¡Qué tremendo contraste! Este hombre sabía delante de quién estaba y reconocía todas sus limitaciones personales.

La vida es aquello que te va sucediendo mientras te empeñas en hacer otros planes y el tiempo es el mejor autor: Siempre encuentra un final perfecto. Así percibimos más fácilmente, por experiencia personal, las hermosas palabras de la Santísima Virgen María en su Magnificat: “Dios derribó a los soberbios de sus tronos y enalteció a los humildes” (Lc 1,52).

Cuando oremos, pues, hagámoslo con una grandísima humildad, sabiendo que no tenemos ningún motivo de gloria, ningún mérito personal, ninguna razón para exhibirnos y presumir ante Él, como hizo el fariseo. Al contrario. Estamos llenos de miserias, y sin Él nada somos ni nada podemos en el orden de la gracia. Al margen de Dios o prescindiendo de Él, somos unos pobres desgraciados, condenados a la ruina temporal y eterna.

Culminemos con esta sencilla y humilde alabanza que se refleja en lo más íntimo del corazón:

Ayúdanos a cambiar y practicar tu justicia

*“Ayúdanos a cambiar, Señor,
y practicar tu Justicia.*

*Ayúdanos a cambiar, Señor
nuestra mirada mundana, egoísta,
poco comprometida,*

temerosa, acomodada.
Ayúdanos a cambiar
para mirar las cosas, el mundo,
la vida, con tu mirada
y desde tus ojos.
Quítanos las anteojeras
que vamos construyendo
a lo largo de los años,
que nos aíslan del dolor
y del sufrimiento
de los que caminan al lado.
Sacude nuestro corazón
para que aprendamos a ver
con los ojos llenos de Evangelio
y Esperanza de Reino.
Corre ya el velo de nuestros ojos
para que, viendo, podamos
conmovernos por los otros
y movernos desde lo profundo de cada uno
para acudir a dar una mano”.

Amén.

